

Cuando se quedó a solas en la casa de su abuela, Sam hizo lo que más le gusta hacer cuando está de visita. Siempre hace el mismo recorrido cuando vuelve todos los años en sus vacaciones de la universidad. Baja una pequeña escalera hacia la salita de lectura, a su izquierda tiene los estantes de libros que cubren toda la pared. A la derecha hay un sofá, con fotografías en blanco y negro de miembros de la familia colgando en la pared. Todos fueron alguna vez niños sonrientes en blanco y negro. Gira para revisar los libros y ver cuál le llama la atención este año, el año anterior había tomado especial interés por los libros de ajedrez de su abuelo difunto. En esta ocasión se encontró con algo diferente y se quedó un momento en desconcierto. Todos los libros estaban puestos al revés, no se podían leer los títulos, sino que los ojos se encontraban con los perfiles de las hojas.

Sacó un libro para aliviar la extrañeza que sentía y se topó con *Ajedrez: Compendio de todas las jugadas*. Su abuelo le dijo en varias ocasiones que jugar al ajedrez consiste en tener muy buena memoria y saber usarla. Nada más, solía decir con una sonrisa. La familiaridad que le transmitió el título le permitió acostumbrarse a la nueva predisposición de la salita de lectura. Su abuela siempre fue bastante excéntrica, seguramente diría algo como: “Está así para que no me anden revisando los libros. Si no pueden ver qué libro es no les dará ganas de sacarlo y desordenarme todo”. Lógica que tiene el fatal error de subestimar a los amantes de la lectura como Sam.

Su recorrido fue interrumpido por la llegada de tres amigas de su abuela. Al abrirles la puerta reconoció a Alba y a Priscilla. Alba se alegró muchísimo al ver a Sam, le preguntó sobre la universidad, sus planes y demás. Fueron directamente a la mesa redonda que quedaba al fondo de la salita de lectura, cerca de la ventana que dejaba ver el jardín de atrás. Se podía ver al árbol de ceibo soltando sus flores de algodón desde el puesto de Sam. El ceibo parecía perder grandes cantidades de algodón sin pausa, pero extrañamente no se quedaba pelado. Chequeó el piso del patio y tampoco vio motas de blanco. Antes de poder pensar más al respecto, Alba colocó dos mazos de cartas sobre la mesa, lo cual hizo que Sam se olvidase momentáneamente del ceibo. Priscilla y la otra señora, a la cual Sam todavía no había escuchado hablar, veían expectantes a Alba. Se preguntó si había interrumpido sin querer el juego de los fines de semana de su abuela o tal vez esto ya era común y las reuniones familiares se mezclaron con los juegos amistosos de las señoras.

Mientras consideraba aquello, Alba ya estaba barajando las cartas y la señora sin nombre estaba anotando en silencio en una libretita cuatro iniciales. “No, no, yo no juego, seguro ni se cómo se juega. Hace años que no toco cartas.”- dijo Sam. La señora agitó la mano en el aire, para demostrarle que ese es un detalle insignificante y siguió diagramando la hoja. “Ya te vamos a enseñar, mejor que lo vayas aprendiendo. Mejor tarde que nunca, ¿no?”- decía Priscilla con una sonrisa.

Sam respira profundo como preparándose para lo que se venía. Su abuela siempre fue intensa con los juegos de mesa. Recordó las veces que su abuela se enojaba cuando Sam jugaba de manera muy brusca, doblando o rompiendo sus cartas. Pero ya había crecido, entonces reprimió esa sensación infantil. Total, mejor jugar que resistir al interrogatorio reglamentario, pensó. Siempre hay cosas que los familiares y amigos mayores no quieren saber. Quieren que les cuenten cosas específicas y esperables, inofensivas. Lo ideal sería hablar sobre éxito académico, evitar mencionar visiones políticas, posiciones respecto a la sexualidad, género y demás. Cuestiones que irónicamente son importantes en la vida de

Sam. Es difícil, pensaba Sam mientras Alba cortaba el mazo, cuando tratas de deconstruirte y desvestirte de los absolutos que reinaban en las generaciones anteriores. Ese es nuestro privilegio generacional, el preguntarnos estas cosas, pensó, pero nos aleja drásticamente de nuestras familias. Por algo había llegado a la casa de su abuela y no a la de sus padres. Hay decisiones tuyas que nunca pudieron aceptar, recordaba con tristeza. Los iba a ver en la cena, se acordó de repente y deseó con todas sus fuerzas no ver la decepción en sus ojos al saludarlos.

Le repartieron las cartas mientras se angustiaba con estas reflexiones. Ya con las 13 cartas en su mano, levantó su mirada esperando instrucciones. Alba le explicó -“Tienes que evitar quedarte sin cartas, hay cartas en el mazo que te hacen tener que botar o regalar cartas y hay otras que te ayudan. Los 1, 2, 3, 4 y 5: son las señales y están en 4 palos distintos. Los 6, 7, 8, 9 y 10: son los pasajeros, también con 4 palos...” Sam trataba de retener la información pero era difícil con la ansiedad que había despertado.

Entendió que el objetivo es tener la mayor cantidad de pasajeros posible y que eso solamente se logra con ayuda de las señales. Por ejemplo, si tiras un 1 de espejos puedes tomar otra carta del mazo. Si tienes un 2 de espejos puedes tomar 2 cartas del mazo y había reglas así por cada palo y cada número. Los palos eran: espejos, diamantes, espadas y copas.

Comenzaron el juego, ya al final de la primera ronda le quedaban 8 cartas solamente. En la segunda ronda Alba y Priscilla empezaron a hacer comentarios cada vez más desconcertantes. Era su turno de sacar dos cartas y Alba comentó: “Sacar pares que se lleven bien es muy difícil”. Sam no supo qué contestar.

En cierto punto se convenció que le estaban haciendo algún juego mental. Querían que se distraiga y pierda. En la tercera ronda empezaron a hacerle preguntas estilo: “¿Este año, con cuántas personas te abrazaste de verdad Samy? Subestimamos esos momentos en la vida cotidiana, cuando estuve en la sierra antes de venir acá abracé a mis tres hermanos.”- decía Priscilla mientras recuperaba tres cartas.

“No sé Prisci, es difícil acordarme ahora”- contesta Sam mientras siente frío alrededor de los brazos. Era su turno, tenía las cartas en su mano, le quedaban solamente 5 y no podía decidir qué hacer. Se aferraba a ellas, las miraba sin entender.

“¿Quieres pasar este turno cariño? Está bien tomar un descanso de vez en cuando.”- habló por primera vez la señora enfrente suyo. Alba pareció enojarse ante la sugerencia mirándola con el ceño fruncido - “Ya va a jugar, dale un momento. Es complicado entender este juego Lety, no le presiones.”

Sam las veía discutir cuando se dio cuenta que son sus cartas no le quedaba otra que perder dos cartas más para tener posibilidades la siguiente ronda. Así lo hizo, Alba la miró contenta. De repente, Sam tenía mucha hambre y no podía parar de mover los pies por la ansiedad que eso le provocaba. Quería saltar de la silla, dejar las cartas, o comérselas. ¿Por qué era tan difícil concentrarse en este momento? Lety parecía sonreír también, pero de manera triste.

“¿Cuándo llega mi abuela?”- cuando Sam hablaba parecía más un quejido.

“Cuando sea hora de la cena, acá nos toca esperar pero tenemos este juego para pasar el tiempo. Sam, es importante seguir jugando para que el tiempo pase ¿entiendes?”- Alba sostenía la mirada aunque Sam estaba en un estado de inquietud cada vez más alarmante. Afuera el ceibo seguía regando algodón y el suelo seguía intacto.

Examinó las cartas en su mano, tenía dos de las cartas mayores una dama de espejos y un caballero de diamante, pero tenía además la peor carta de todas.... Tenía que terminar la partida sin tirarla, si la tiraba sobre la mesa iba a perder seguro.

Era importante seguir jugando, era vital seguir jugando.

Pasó otra ronda y varias más. Sam se mantuvo alerta, jugaba, reía y contaba historias ya sin vergüenza, ni miedo. La familia y la cena iban a llegar pronto, pero ya se sabía todas las jugadas como decía su abuelo, entonces no tenía qué temer. Les agradeció a las tres por estar allí y por hacerle sentir bien con sus cartas secretas, las cosas que el azar le lanzó.

Primero Priscilla se quedó sin cartas, luego Alba, finalmente Lety perdió. Entonces solo quedaba Sam con una última carta para lanzar. Sintió la llave girar en la puerta. Los libros se dieron vuelta para mostrar sus títulos mientras Sam colocaba la carta dada vuelta sobre la mesa. El ceibo estaba finalmente despojado de todos sus copos de algodón.

Su abuela entró riendo con varios miembros más de la familia, todo estaba listo para la cena. Sam ya no tenía miedo de las cartas que tenía.

Recordó que volver era como jugar a la muerte y renacer.